

La realidad como invención del lenguaje: una apreciación desde el psicoanálisis¹

Germán Arley Baena Vallejo²

Resumen

Cuando surge el lenguaje, surge la palabra, y ante ella se fundan órdenes como el simbólico y el imaginario los cuales permiten conformar la realidad. Para el psicoanálisis, nada de la vida anímica de las personas puede ser pensado sin el lenguaje; el inconsciente, la constitución del sujeto, las relaciones intersubjetivas y todo aquello que es del universo significativo está incesantemente relacionado con el lenguaje. A causa de su gran importancia, el psicoanálisis se vale del lenguaje para desarrollar su teoría y su método terapéutico. El presente trabajo pretende reflexionar sobre estos elementos apoyándose en la filosofía, la lingüística y el psicoanálisis con el propósito de sostener que la realidad es una invención del lenguaje.

Palabras clave: Realidad, lenguaje, inconsciente, orden simbólico, orden imaginario.

Abstract

When the language arises, the word appears and along with it the symbolic and the imaginary orders allowing them to shape the reality. For psychoanalysis, no mental life of individuals can be thought without language. The unconscious, the constitution of the subject, the intersubjective relationships, and all that is proper from the signifier universe related to language. Due to its importance, psychoanalysis use language to develop both its theory and its therapeutic method. This paper aims to reflect on these elements taking into account the philosophy, the linguistics and the psychoanalysis and stating that reality is a language invention.

¹ Ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Psicología UNIMINUTO-Bello, realizadas del 8 al 11 de mayo de 2013.

² Estudiante de sexto semestre de psicología. Corporación Universitaria Minuto de Dios

Key words: Reality, language, unconscious, symbolic order, imaginary order.

*«Las verdades son ilusiones de las que
se ha olvidado que lo son.
Son una hueste en movimiento de metáforas,
metonimias y antropomorfismos»³
Friedrich Nietzsche*

En principio una invención: las metáforas

Desde la invención del lenguaje, el hombre, único creador y por tanto poseedor del mismo ha indagado incesantemente por el problema de la realidad. Sus respuestas no han sido pocas; explicaron los fenómenos de la naturaleza por medio del mito, la religión, la filosofía, la ciencia; se aventuraron a crear métodos que les permitiera alcanzar un acceso más confiable a la realidad. Evocando a Foucault (1996), crearon teorías que asociadas a momentos históricos y a formas de poder, concluyeron en un intento de dominio de las masas sociales, de las cuales se establecieron formas de organización y de control, discursos e ideologías que nos presentan detalladamente, en palabras de Nietzsche (1996) “cuan lastimoso, cuan sombrío y caduco, cuan estéril y arbitrario es el estado en el que se presenta el intelecto humano dentro de la naturaleza” (p.17).

No obstante lo anterior, los hombres fueron engañados, y peor aún, fueron engañados por ellos mismos, por su creación, aquella que puso en sueño profundo a todos los seres humanos; aquella que es el velo, la cortina, el muro entre lo humano y lo natural; aquello que funda la oquedad, la eterna imposibilidad del retorno a una relación de correspondencia entre ambos; un

³ Dos fragmentos en Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.

orden antinatural por ser artificial y que arrebató el ojo animal para marcarlo, como hecho irreversible, con otro ojo que no ve, el ojo de la palabra.

De ese universo artificial surge la realidad, y de esta las categorías de la verdad y la mentira, pero además el nombre que se otorga a las cosas. Todas, una tras otra creadas por el ser humano; metáforas que representan a las cosas del mundo y nada más, una máscara que les permita entrar en nuestro mundo de máscaras para usurparlas. ¿Qué garantía encontramos pues, en algo que llaman verdad, cuando la misma ha sido atravesada por la marca del engaño? Pues es claro que es a causa del lenguaje que, como dice Nietzsche (1996), “la naturaleza ha tirado la llave” (p.19).

Pero detengo, y no con felicidad, la perspectiva nietzscheana sobre el lenguaje y su relación con la verdad. Ahora quisiera servirme de aquellos, que por ser su objeto, pueden enseñarnos otros elementos relativos al lenguaje. Me refiero a los lingüistas, pero específicamente, al movimiento estructuralista fundado por Ferdinand de Saussure.

La realidad está sujeta a las leyes del lenguaje

Es a partir de este movimiento que, según Benveniste (1997), “los lingüistas reconocieron el principio fundamental de que la lengua forma un sistema” (p. 22). Vemos aquí cómo el estudio del lenguaje y las lenguas asume un carácter estructural, y para ello nos podemos servir de otra definición del mismo autor: “la lengua es una disposición sistemática de partes” (p. 22). Esto nos indica que la lengua de la cual hacemos uso, consta de una cantidad limitada de elementos, los cuales se articulan a partir de ciertos principios de estructura.

Si nos damos a la tarea de preguntarnos cómo surge una palabra, podríamos decir que ésta existe cuando un conjunto de personas le otorgan un significado y empieza a ser usada. Esto anterior no nos aleja de lo que ya hemos dicho: que todo aquello que esté en el orden de la palabra es invención del hombre. Desde el signo lingüístico de Saussure podemos abordar lo anterior y otros elementos.

Recordemos que para Saussure (1945), el signo lingüístico está compuesto por un significante y un significado; el primero corresponde a la imagen acústica y el segundo al concepto. Para él, la relación entre estos dos elementos es arbitrario, es decir inmotivada, pues no hay nada que los haga corresponder plenamente (p. 93); un ejemplo de esto son las diversas lenguas. De aquí se desprenden dos características muy importantes: la primera es la inmutabilidad del signo lingüístico el cual no puede ser objetado ya que se trata de una relación acordada por una comunidad; y la segunda, no obstante lo anterior, el signo también es mutable, pues ya que es arbitrario está sujeto a cambios. Pero Benveniste (1997) hace una salvedad aquí; él señala que la relación entre significante y significado no es arbitraria sino necesaria, debido a que el uno siempre remite al otro; por el contrario, la relación arbitraria es entre el signo y el objeto. He aquí otro argumento que soporta nuestro trabajo, entre la palabra y el objeto no hay más que un contrato simbólico, pero nada más que eso.

Ahora bien, no basta con decir que las palabras son creadas y consensuadas por los seres humanos; también es importante enunciar que el lenguaje, en palabras de Benveniste (1997), “reproduce el mundo, pero sometiéndolo a su organización propia” (p. 27), pues el lenguaje es una estructura que determina los tipos de relaciones entre los elementos de una lengua, por ello se puede decir: *La vaca da leche* y este orden otorga sentido a la oración, pero un orden diferente podrá cambiar su sentido o por el contrario quitarle el sentido.

Lo anterior indica que la realidad no solo está inmersa en el mundo simbólico, sino que además es representada por medio del lenguaje, pues solo por la palabra se puede dar cuenta de dicha realidad, pero además, la misma solo puede decirse a partir del orden que imponen las leyes de construcción propias de cada lengua⁴. Esta misma lógica es menester para el pensamiento, el cual necesita de una organización y de un orden simbólico para ser producido. Según Benveniste (1997): “el pensamiento no puede existir sin lenguaje y en consecuencia el conocimiento del mundo está determinado por la expresión que recibe” (p. 27).

En otras palabras, la realidad está inscrita en el mundo simbólico, el cual se funda gracias a la existencia de una estructura lingüística. La realidad, podría decirse, se constituye a partir del ejercicio interpretativo que lleva a cabo el ser humano sobre los fenómenos; esta interpretación consigue otorgar existencia y sentido a las cosas del mundo, presentándolas ante el ojo del hombre de acuerdo al significado que una cultura particular le ha asignado; un ejemplo de lo anterior es que una piedra dejó de ser tan solo eso, cuando el hombre vio que podría ser utilizada como un arma de ataque o un como dispositivo para cazar.

El inconsciente estructurado como un lenguaje

Ahora bien, si la realidad se edifica a partir del orden del lenguaje, ¿Qué proceso introduce al ser viviente en esta lógica que lo desnaturaliza y lo arroja al universo del símbolo? Pues bien, esto lo podemos entender a partir de lo que nos enseña Lacan (1987): “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Sabemos, como dice Benveniste (1997), que “las unidades de un sistema se definen por las relaciones que sostienen con otras y las oposiciones que participan en estas relaciones” (p.23), es decir que una unidad aisladamente no

⁴ Podemos apreciar, por ejemplo, una diferencia entre las leyes de construcción de la lengua española y la lengua inglesa; mientras que en la primera, el adjetivo se ubica después del sustantivo, en la segunda sucede a la inversa, el adjetivo precede al sustantivo.

significa nada, pues es la relación de oposición con otras unidades que pueden otorgarle un valor. Esto se relaciona en parte, con el proceso de constitución del sujeto que desarrolla Lacan.

Que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje quiere decir que es a partir de una relación de oposición entre dos significantes que se obtiene como resultado el surgimiento del inconsciente, y aún más, el surgimiento del sujeto. Sin embargo, no nos conformemos con esto, pues al surgimiento del sujeto le anteceden dos operaciones que Lacan explica por medio de la lógica de conjuntos; estas son la alienación y la separación, las cuales se ejecutan sobre dos campos, a saber, el del sujeto (ser) y el del Otro (sentido).

Figura 1: La alienación: primer momento en el proceso de constitución del sujeto.

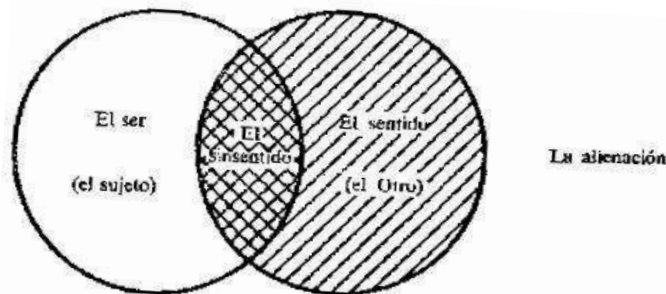


Figura 1. Adaptada de Lacan, J. (1987). El seminario. Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

La alienación consiste, como dice Lacan (1987) “en ese *vel* que condena al sujeto a solo aparecer en esa división que he articulado lo suficiente, según creo, al decir que si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como *afanisis*” (p.218). Esto lo entendemos mejor con algo que dice más adelante: “El sujeto aparece primero en el Otro, en la

medida en que el primer significante, el significante unario, surge en el campo del Otro, y representa al sujeto para otro significante, significante cuyo efecto es la *afanisis* del sujeto” (p.226). Esto indica que solo por medio del Otro (cultura, lenguaje) puede emerger el sujeto, pues el Otro es el poseedor de la cadena significativa que contiene lo que puede decirse del sujeto, y es por dicha razón que aparece de un lado como sentido; sin embargo, debido a que el *vel* de la alienación implica una elección ya sea del lado del ser o del lado del sentido, el resultado termina siendo diferente, pues se trata de un “*ni lo uno ni lo otro*” (p.219), esto quiere decir que el sujeto es constituido como una falta, en tanto pierde una parte del ser y una parte del sentido.

La operación de la alienación concluye con la *afanisis* del sujeto, es decir, su desaparición, pero es la operación donde la falta en ser y en sentido funda el sin-sentido, elemento que constituye el inconsciente. Por eso Lacan dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, es el resultado de un par significativo.

La segunda operación en la constitución del sujeto es la separación. La sub-estructura en la que se basa el *vel* de la alienación era la reunión; por su parte, la separación se basa en la sub-estructura de la intersección, pues se trata de una superposición de las faltas.

Hasta ahora el sujeto está inmerso en la fatalidad de constituirse como una falta, pero el encuentro con la falta del Otro lo introducirá en otra lógica, la que concierne al deseo. Dice Lacan (1987) “El sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso. En los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del niño algo que se puede detectar en ellos radicalmente -me dice eso, ¿pero qué quiere?” (p.222).

Sin embargo, como decimos, el Otro también está en falta, la madre no sabe qué quiere su hijo, su función se basa en un tanteo para intentar dar calma a sus gritos, por ello, el Otro

también opera desde la falta, pero posee aquello que lo puede rescatar de la letalidad en la que está inmerso, aquello es el deseo. Entonces, dice Lacan (1987): “El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro” (p.222), a partir de estas faltas el sujeto responde con aquello que lo constituye, ofrece lo que es en su falta, esto lo convierte en un sujeto de deseo, pero también en un sujeto deseante.

El proceso que acabamos de abordar nos señala la importancia del lenguaje en la vida de las personas, pues, como hemos visto, es imposible entrar en el universo de los significantes si no es por la vía del Otro. Incluso, no se puede saber de la sexualidad si no es por medio de lenguaje, y ante esto dice Lacan (1987): “La sexualidad se instaure en el campo del sujeto por la vía de la falta” (p.213), esto muestra la importancia de la alienación, pues bien sabemos que la sexualidad trasciende a lo genital o a lo meramente reproductivo. La alienación, podríamos decir, es el proceso de desnaturalización, aquel que arranca al ser viviente de la lógica instintiva, mientras que la separación instaure el deseo y termina por humanizar, esto es, por des-organizar y acceder a algo diferente, un cuerpo atravesado por la palabra.

El orden imaginario en las relaciones intersubjetivas

Ahora bien, es importante hacer énfasis en algo que se puede concluir de lo anterior. Es solo a partir del contacto con el Otro que podemos ingresar al mundo de la palabra, pero es a partir de un otro semejante que nos podemos identificar. ¿Cómo entender esto? Por medio del “Esquema L”, Lacan nos explica algunas relaciones existentes entre el yo, el sujeto, el Otro y el otro semejante, que son determinantes para la conformación de la realidad, que como se ha dicho, es efecto del lenguaje.



Figura 2: Esquema L: Relación entre el yo (a), el otro-semejante (a'), el sujeto (S) y el Otro (A).

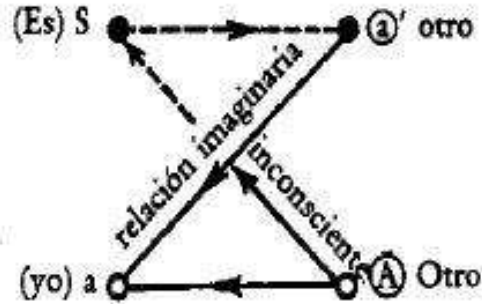


Figura 1. Adaptada de Lacan, J. (1983). El seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

El sujeto aparece en el Otro, como he dicho anteriormente, pero él no se ve allí, éste se ve en a' (otro semejante) y debido a esto tiene un yo. La razón por la que se ve en a' es porque encuentra allí lo más similar a su yo, pero además porque hay algo que le impide ver lo que es en verdad: el muro del lenguaje. Esto es lo que hace que las relaciones intersubjetivas se den en un plano imaginario y en esa medida, dice Lacan (1983): “Cuando el sujeto habla con sus semejantes lo hace en el lenguaje común, que toma a los yo imaginarios por cosas no simplemente ex-sistentes, sino reales” (p. 366). No obstante, algunas veces nos dirigimos a Otros verdaderos, pero ellos están del otro lado del muro del lenguaje y por lo tanto, no logramos más que un contacto con a'. Por eso dice Lacan (1983): “El lenguaje sirve tanto para fundarnos en el Otro como para impedirnos radicalmente comprenderlo” (p.367).

Esto es lo que presenciamos en el dispositivo analítico, alguien llega y supone un saber en el analista⁵, sin embargo eso no es extraño, él supone un saber, lo que ignora es que éste solo le posee a su inconsciente, pero el analista no sabe nada de su sufrimiento subjetivo, por ello guarda silencio y escucha atento, sabe que en ese espacio no se trata de él, tampoco del *analizante*; se trata de aquello que se supone en el análisis, me refiero a aquello que es objeto en ese dispositivo: un sujeto marcado por la falta. Por eso dice Lacan (1983): “El sujeto no sabe lo que dice, y por las mejores razones, porque no sabe lo que es. Pero se ve. Se ve del otro lado, de manera imperfecta, ustedes lo saben, a causa de la índole fundamentalmente inacabada del *Urbild* especular, que no solo es imaginario sino ilusorio” (p. 367).

Orden simbólico y orden natural

Ahora bien, he intentado sostener que la realidad es una invención del lenguaje, pues sólo por medio de la palabra podemos construirla; también he señalado la importancia de entender las relaciones humanas en un eje imaginario. Ahora quiero introducir otro elemento que se anuda a esos temas anteriores, hay una clara distinción entre el orden humano (el simbólico) y el orden animal (el natural); dice Lacan (1981):

La palabra es la que instauro la mentira en la realidad. Precisamente porque introduce lo que no es, puede también introducir lo que es. Antes de la palabra, nada es ni no es. Sin duda, todo está siempre allí, pero solo con la palabra hay cosas que son- que son verdaderas o falsas, es decir que son- y cosas que no son. Solo con la dimensión de la palabra se cava el surco de la verdad en lo real. Antes de la palabra no hay verdadero ni

⁵ Esto no se debe entender como el Sujeto supuesto Saber del que habló Lacan. No se trata de que el *analizante* suponga un saber en el analista. Más adelante se hará alusión a este mismo tema.

falso. Con ella, se introduce la verdad y también la mentira, y muchos otros registros más (p.333).

Esto precisamente porque, y es evidente, los animales utilizan estrategias de caza, y para ello los vemos fingir incluso por su supervivencia. Dennet (1996) nos muestra un claro ejemplo que ilustra esta conducta en los animales; se trata de los pájaros que construyen sus nidos a baja altura; cuando éstos se percatan de que un predador se acerca al nido, se apartan del mismo pero realizando una conducta no poco divertida, fingen tener un ala rota y se derrumban al piso, hecho que cambia la atención del predador pero que concluye en una burla, pues este se queda sin los huevos y sin la supuesta presa fácil. Vemos aquí algo evidente, los animales fingen, pero los seres humanos, van más allá, y dice Lacan (1981): “Un animal no finge fingir. No produce huellas cuyo engaño consistiría en hacerse pasar por falsas siendo las verdaderas, es decir las que darían la buena pista. Como tampoco borra sus huellas, lo cual sería ya para él hacerse sujeto del significante” (p.319).

¿Qué implicación tiene pues esto que he venido articulando para los propósitos de este texto? No solamente que el discurso del que nos valemos para dirigirnos a otros está atravesado por un orden imaginario, más aún, que estar ligados a una cadena significativa implica que la verdad tenga estructura de ficción y de esto dice Lacan (1971):

Pero es claro que la Palabra no comienza sino con el paso de la ficción al orden del significante y que el significante exige otro lugar -el lugar del Otro, el Otro testigo, el testigo Otro que cualquiera de los participantes- para que la Palabra que soporta pueda mentir, es decir plantearse como Verdad. (Y sigue) Así, es de un lugar otro que la Realidad a la que concierne de donde la Verdad saca su garantía: es de la palabra. Como es

también de ella de quien recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción (p.319).

Por esto, es que la verdad sólo se puede decir a medias, pues hay algo del lado de la verdad que es inefable, imposible de decir.

Todo lo anterior nos convoca a comprender, como dice Lacan (1954), que “la palabra tiene una función creadora” (p. 351). Somos representados por una palabra, y no temo decir que somos borrados por ella; lo mismo pasa con las cosas del mundo, son nombradas para otorgarles una función, y en el mismo momento en que se nombran existen para nuestro mundo simbólico; esto es como dice Lacan (1954), “la palabra crea la cosa que no es más que el concepto (pero además), el concepto está siempre allí donde la cosa no está” (p. 351), por una razón, porque el concepto pone en presencia a la cosa aunque su materialidad no lo esté. Ahora, si articulamos un par de ideas comprenderemos que si la palabra tiene una función creadora, nada del orden de la realidad o de las realidades puede ser explicado o tener sentido alguno si no es por medio de ella.

El saber es el inconsciente

El método psicoanalítico opera sobre muchos de los elementos que he intentado transmitir. Freud (1992) dice con respecto al método: “En vez de impulsar *{antreiben}* al paciente a decir algo sobre un tema determinado, ahora se lo exhortaba a abandonarse a la «asociación» libre, o sea, a decir lo que se le pasase por la cabeza” (p. 38). Pero pone una condición, dice Freud (1992): “Debía comprometerse a comunicar todo lo que se ofreciese a su percepción de sí y a no ceder a las objeciones críticas que pretendieran dejar de lado ciertas ocurrencias aduciendo cualquiera de estos motivos: que carecieran de importancia suficiente, no venían al caso o eran un completo disparate” (p. 38).

Esto anterior da cuenta de un elemento que le otorga un estatuto de ética al psicoanálisis, pues el analista, como había dicho antes, tiene claro que él no sabe nada sobre el sufrimiento subjetivo del *analizante*, tampoco este último sabe, me refiero a su yo. El saber es el inconsciente, un inconsciente sin sujeto, pero el sujeto es aquello que se supone en ese saber; ahora bien, sujeto del cual su emergencia no será más que la emergencia de la verdad; es justamente aquello que subyace al par significativo S1-S2; de esto es lo que se trata el Sujeto-supuesto-Saber (Jaramillo, 2012).

Pero además, podemos hallar aquí una diferencia notable entre el psicoanálisis y la psicología con respecto al método, pues con respecto a la búsqueda de sentido los dos operan por la misma vía, pero el psicoanálisis no se detiene allí, y dice Lacan (1987): “El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para así encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto” (p.219). De ese sin-sentido solo puede dar cuenta el sujeto a partir de la trama de su discurso, de sus equívocos, de sus lapsus, de sus sueños; por eso el analista presta atención y no cae en el desacierto de dar respuestas aprobadoras que alimenten al yo y que frustren el llamado de la palabra, un llamado a la verdad; por el contrario el analista guarda silencio, que también es palabra, y espera con calma que el *analizante* pueda producir algo.

Referencias

- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo veintiuno editores, s.a. c.v.
- Dennet, D. (1996). *Tipos de mentes*. Madrid: Debate.
- Foucault, M. (1996). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Editorial Gedisa.

- Freud, S. (1992). Presentación autobiográfica. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XX, pp. 38). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1992).
- Jaramillo, J. (2012). Comentario Lección 4: Lo escrito y la verdad, La lógica y la dimensión de la verdad. *Revista Indecible*, (5), 23-41.
- Lacan, J. (1971). *Escritos*. México: Siglo xxi editores, s. a.
- Lacan, J. (1981). El seminario. Libro 1. *Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacan, J. (1983). El seminario. Libro 2. *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacan, J. (1987). El seminario. Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.